

pobre tía está sola con su héroe... No, no, me voy; hasta mañana, querida; el coche vendrá temprano á buscar á usted...

VAILLANT (*acompañándola*).

No he visto abajo su coche de usted...  
¿Ha venido usted á pie?

ESTHER

Sí; y me gusta mucho. Ahora vuelvo lo mismo. He armado una revolución en esta calle del Temple... (*Al lacayo*.) Pas-kewitch, mi abrigo. (*De pie en la puerta de la antesala, mirándolos mientras le ponen su abrigo*.) ¡Es igual! me alegro haber venido; esos dos cubiertos, esa mesita, Lidia con su gran delantal, es un París que nosotros los extranjeros no sospechábamos siquiera, y del cual no nos hablan jamás los escritores. ¡Adiós! (*Váse. Vaillant le acompaña hasta la puerta*.) Hasta más ver, Sr. Vaillant.

LIDIA (*que continúa inmóvil, á media voz*).

Esta vez sí que he recibido la puñalada: una puñalada en mitad del corazón.

## ESCENA VI

VAILLANT, LIDIA

VAILLANT (*mirándola un momento, enternecido*).

¡Lidia!

LIDIA (*como quien sale de un sueño*).

¡Padre!

VAILLANT (*abriendo los brazos para abrazarla*).

Abrázame; abraza fuerte á este viejo loco. (*La estrecha contra su pecho*.) ¡Oh! ¡Haber sospechado de ti, de ti que eres tan buena, tan sencilla... como si no te conociese... como si no estuvieses muy por encima de todas esas cosas!

LIDIA (*procurando desasirse y volviendo la cabeza á otro lado*).

Pero sí no sé...

VAILLANT

¡Ya lo creo que no lo sabes, y jamás me atreveré á confesarte las locuras que han atormentado mi pobre cabeza durante estos últimos días! ¡Y yo que tenía la pretensión de reemplazar á tu madre y darte las dulzuras de un cariño y de una protección que apenashas conocido! ¡Vaya, vaya! ¡Como si una madre pudiera ser reemplazada! (*Con transporte.*) ¡Oh! No te vayas, no te muevas de mis brazos; y muy cerquita de mí, muy quieto, no vaya á oírnos alguien, ve diciéndome conmigo: «Padre, yo te perdono...»

LIDIA

Pero...

VAILLANT

Sí, sí, lo quiero... repite: Padre.

LIDIA (*en voz baja*).

Padre...

VAILLANT

Te perdono.

ANTONINO (*desde fuera*).

¡Padrino!

(*Lidia abraza á su padre y corre á su cuarto.*)

VAILLANT (*con alegría*).

¡Me ha perdonado!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

## ESCENA VII

VAILLANT, ANTONINO

VAILLANT

¿Eres tú? (*Saliéndole al encuentro.*)  
¡Ay, hijo mío, qué contento estoy!

ANTONINO (*á media voz*).

Y yo también, padrino. ¿Dónde está Lidia?

VAILLANT

En su cuarto.

ANTONINO

Ya está eso hecho.

VAILLANT (*llevándolo á la derecha*).

¿Qué? ¿Se aviene?

ANTONINO

¡Ya lo creo!... ¡No morirá de cornada de burro el tal Sr. Lortigue! ¡Si lo hubiera usted visto! Iba conmigo Meunier, mi compañero de laboratorio, porque tiene más... él... él... en fin, ¿no es verdad? El hablaba y yo accionaba. Verdaderamente hemos despachado pronto...; ó vamos al terreno, ó firma usted esta nota.

VAILLANT

¿Ha firmado?

ANTONINO

Con mucha alegría.

VAILLANT

¡Vamos! Estaba escrito que yo no me

he de batir nunca... ni siquiera en duelo... Naturalmente, habrá firmado sin modificar nada.

ANTONINO

Ni una coma; véalo usted.

*(Le entrega un papel.)*

VAILLANT *(leyendo y refunfuñando)*.

«Declaro que lo dicho por mí en la Dirección de Correos, delante de los empleados del tercer Negociado, acerca de la señorita Vaillant y de su padre... mn... tal... tal... y que he cometido, al decirlo, una mentira y una cobardía.—» *Lortigue.*» *(Vacilando.)* ¿Te parece esto bastante?

ANTONINO *(riendo)*.

¿Qué más quiere usted? ¡No es de temer que el Sr. Lortigue vuelva á decir que tiene usted protectores en el Ministerio! ¿Quién es ese Lortigue?

VAILLANT

Un empleadillo de nuestra oficina que permutó con uno del Ministerio, y que, según parece, está ahora agregado al Gabinete particular de Astier.

ANTONINO *(entre dientes)*.

Tal para cual, entonces.

VAILLANT

¡Y pensar que ha bastado una indirecta de la señora de Rocanère allí y algunas habladurías de los de la oficina para que yo dude de mi hija, para que yo creyera una porción de infamias de las cuales ni siquiera me atrevía á buscar las pruebas!... ¿Sabes que son muy agradables esas señoras de Sélény?

ANTONINO *(distráido)*.

¡Ah!

VAILLANT

La señorita Esther ha estado aquí, aquí... No hace cinco minutos que se ha ido... Por poco se queda á almorzar con nosotros!... ¡Ah, viejo estúpido! ¡Qué Bartolo soy!

*(Abrese la puerta del cuarto de Lidia.)*

ANTONINO *(en voz baja)*.

Tenga usted cuidado.

VAILLANT *(sale al encuentro de Lidia y la abraza)*.

¡Vamos! ¡A la mesa!

### ESCENA VIII

DICHOS, LIDIA

LIDIA *(se ha quitado el delantal y enjugado las lágrimas)*.

Buenos días, Antonino... ¿Almuerzas con nosotros?

ANTONINO

No, gracias; ya lo he hecho.

VAILLANT *(se ha sentado)*.

Siéntate de todos modos, y toma una taza de té. Eso es sano para ti, porque estás todo el día manejando y respirando drogas abominables...

LIDIA *(con viveza á Antonino)*.

¿Cómo están en tu casa?

ANTONINO

Muy bien.

VAILLANT

Hijo, te aseguro que he soñado con la visita que hicimos á tu laboratorio y con toda aquella serie de drogas para matar ratas.

LIDIA (á Antonino hablando muy de prisa, con evidente intención de interrumpir á su padre).

¿Y tu mamá? ¿Y tus hermanas?

ANTONINO

Todos buenos. Están como unas Pascuas, como supondrás, gracias al padrino, que ha hecho que se renueve el antiguo contrato de arrendamiento.

VAILLANT

Gracias á la Duquesa, hijos míos... ¿No es cosa rara que no pueda yo llamarla de otro modo?... (A Antonino.) Ya habrás visto que ha vuelto á París y que se ha reunido otra vez con su marido.

ANTONINO

Ya lo he visto. (Mira de reojo á Lidia, que aparenta estar muy ocupada haciendo platos).

VAILLANT

Los periódicos hablan de una suntuosa fiesta de caridad en el hotel Padovani. Van juntos á todas partes; el otro día, en una cacería de liebres en la posesión de los Bretigny, hicieron á la Duquesa todo género de honores.

ANTONINO (furioso, en voz baja).

¡A su marido sí que le haría yo los honores con la punta del pie!

(Hace el ademán de dar un puntapié.)

VAILLANT (riendo y comiendo).

Todavía le tienes rencor... Después de todo, hay que confesar que ese Pablo Astier no es un cualquiera. ¿Has leído su discurso de ayer en la Cámara? No es de los que charlan mucho, y aunque hijo de académico, va siempre al grano.

ANTONINO

Sí: es uno de nuestros primeros *strug lifeurs*.

VAILLANT

¿Qué dices?

ANTONINO

*Strug lifeurs*, ó *struggle for lifeurs*, es el nombre que Herscher ha puesto en su último libro á esa nueva raza de fierrecillas á quienes la dichosa invención de «la lucha por la existencia» sirve de excusa científica para toda clase de villanías.

VAILLANT

Es la ley de la naturaleza, como nos dijo él el otro día.

ANTONINO

Sí: la ley de los bosques y de las cavernas...; pero ya no estamos en ese caso, á Dios gracias. El hombre se ha puesto en pie hace tiempo, ha inventado el fuego, la luz, la conciencia y la vida moral, y asusta á las fieras.

VAILLANT

— Come, chiquilla...

ANTONINO

— Ahora las fieras toman el desquite. ¿No las oye cómo rugen y se destrozan alrededor de la comida?

VAILLANT (á Lidia).

¡Bribón! ¡Qué bien habla!

ANTONINO

Ciertamente no discuto yo al gran

Darwin, sino á los hipócritas bandidos que lo invocan, aquellos que de una observación, de la afirmación de un sabio, quieren hacer el artículo de un Código, y aplicarlo sistemáticamente. ¡Ah! A vosotros os parecen grandes, admirables esas gentes, y yo os digo que no lo son. (*Golpea la mesa, se le caen las gafas y limpia los cristales de ellas.*) No hay nada grande donde no hay bondad, ni piedad, ni solidaridad humana. Yo os digo que esas teorías de Darwin, llevadas á la práctica, son una infamia; porque tienden á buscar al bruto en el fondo del hombre, y porque, como dice Herscher, despiertan lo que queda de cuatro patas en el cuadrúpedo puesto de pie.

VAILLANT (*con la boca llena*).

¿Por qué no le contestaste eso á Pablo Astier cuando estuvimos en su casa?

ANTONINO

¡Ah! ¿Por qué?... Porque soy tímido;

un pobre tartamudo intermitente; porque las palabras no acuden á mis labios sino tarde y mal, ó á torrentes, á borbotones, con una impetuosidad que les impide salir. No es culpa mía; era demasiado joven cuando empecé á ver cosas terribles. Tenía quince años cuando nos llevaron á mi padre muerto á casa... ¿se acuerda usted, padrino?... Más de seis meses tuve un terrible temblor en los músculos de la boca. Ahora ya no tiemblo; pero aún tartamudeo, sobre todo cuando hablo bajo la influencia de una fuerte emoción.

VAILLANT (*enterneciéndose y volviéndose hacia su hijo*).

¿Oyes, chiquilla? El pobre muchacho no ha sabido nunca decir bien las cosas que le salían del corazón.

ANTONINO

¡Oh! Delante de aquel hombre, el otro

día, al hablarme de mi muy amado padre, con aquella desenvoltura... «el pobre Sr. Caussade no tenía talla para los negocios,» no pude encontrar palabras para contestar... no sentí más que ganas de llorar y grandes tentaciones de estamparle un puñetazo en la cara. ¡Oh! Lo que es eso... ¡hubiera sido muy capaz de hacerlo!

VAILLANT

De modo que, según tú, Pablo Astier...

ANTONINO (*poniéndose las gafas*).

Pablo Astier, con su elegante traje y su bigote rizado; Pablo Astier el estadista, Pablo Astier el hombre de mundo, es de la misma madera de esos dos canallas cuya historia acaba de contar-nos el libro que le prestaré á usted.

(*Lidia se levanta bruscamente y vase por el foro.*)

VAILLANT

¿Dónde vas, hija mía? Llama á la criada.

LIDIA

Vuelvo, padre.

### ESCENA IX

ANTONINO, VAILLANT

VAILLANT

También ella está un poco nerviosa... Por lo visto está en la atmósfera de nuestra casa hoy, y debieras aprovecharte.

ANTONINO

¿Aprovecharme?...

VAILLANT

Sí...: después de la explicación que

tuvisteis hace tres meses, ¿habéis vuelto á hablar de algo?

ANTONINO

De nada. Pero supongo que sus intenciones seguirán siendo las mismas.

VAILLANT (*con sonrisa bondadosa*).

No lo creo. Estaba yo mirándola ahora mismo mientras tú hablabas. Prueba á ver. Voy á dejaros solos, y puesto que estás hoy elocuente, atrévete... Procura decidirla, y si dice que sí, pasa por mi oficina y dímelo. ¿Me alegraría tanto! ¡Hace tanto tiempo que sueño con esa boda! Sobre todo, no balbucees, ¡con cien mil de á caballo!... nada de... el... el... en fin, ¿no es verdad?... Además, si quieres creermelo... (*Dejando la taza y quitándole las gafas.*) Estás mucho mejor sin gafas. (*Suelta la servilleta y llama.*) ¡Chiquilla!

LIDIA (*entra con una fuente cubierta*).

¡Aquí estoy, padre!

VAILLANT

¡Demonio, chiquilla, mira la hora que es! Las visitas me han retrasado; me voy corriendo á la oficina.

LIDIA

¡Cómo! ¿No quieres de esto?

VAILLANT (*cogiendo unas cerezas del frutero*).

Nada más que un puñado de cerezas, que me comeré por la escalera como si fuese un chico. Tú, acaba de almorzar, hijita, porque no has comido nada. Antonino te hará compañía. Precisamente tiene que decirte una cosa... una cosa que yo confirmo desde ahora.

(*Le envía un beso y se va tarareando una canción.*)

*Cierra la puerta.*)

## ESCENA X

ANTONINO, LIDIA

*(De pie uno frente á otro.)*ANTONINO *(con sonrisa triste).*

No te asustes, Lidia.

LIDIA

Ya sé que no tienes nada que decirme, amigo mío; nos hemos explicado una vez para siempre; pero yo sí tengo que pedirte un favor.

ANTONINO

Di.

LIDIA

Me marchó á hacer un viaje largo... Mi padre no sabe nada... Esta noche,

cuando vuelva á casa, encontrará una carta diciéndole dónde he ido, y por qué...

ANTONINO

¿Cómo piensas en eso, Lidia?... ¡Marcharsel! ¡Qué tristeza para este pobre hombre, para quien tú eres la vida!

LIDIA

¡Sí, sí, pero es preciso! No trates de enternecerme. Bastante pena tengo yo. Es preciso. Lo que te pido es que estés aquí cuando reciba la noticia, que no lo dejes solo... ¿Me lo prometes?

ANTONINO

Te lo prometo.

LIDIA

Gracias.

*(Pausa.)*

ANTONINO (*sin mirarla*).

¿Vas muy lejos?

LIDIA

Muy lejos.

ANTONINO

¿Por mucho tiempo?

LIDIA

¡Oh! Por mucho.

ANTONINO

¿Se va él contigo?

LIDIA (*sorprendida y mirándolo*).

¿Él?

ANTONINO (*en voz baja*).

Sí, ya comprendo... Irá á reunirse contigo... Pablo Astier...

LIDIA

¿Sabes?... Lo sabe todo el mundo, ¿no es verdad?

ANTONINO

Me habías dicho que amabas á otro, y he procurado averiguar quién era. Además, él no lo ocultaba. (*Con violencia.*) Pero, en resumen, ¿es indispensable ese viaje?

LIDIA

Indispensable.

ANTONINO

¿Hoy?

LIDIA

Hoy.

ANTONINO

¿Y á qué hora?

LIDIA

Dentro de un momento.

ANTONINO (*mirando en torno suyo*).

¿Está listo tu equipaje?

LIDIA (*con sonrisa triste*).

Tengo todo lo que necesito.

ANTONINO (*después de una pausa*).

Vamos á ver: puesto que te vas sola... ¿quieres que le avise á mi madre? ¿Quieres que ella te acompañe? La pobre se hace cargo de todo... ¡Ha sufrido tanto!

LIDIA (*con los dientes apretados*).

No, no, gracias... No necesito á nadie.

ANTONINO

Deja al menos que te lleve yo á la estación.

LIDIA

Te ruego que no.

ANTONINO (*con efusión*).

Soy tu mejor amigo.

LIDIA

¡Y un alma noble... y un gran corazón! Debí... hubiera querido...; pero ya es tarde... he pasado por junto á mi felicidad sin verla... ahora poco, oyéndote, pensaba yo en ello. (*Pausa; con vehemencia.*) ¡Ah, sí, tienes razón!... Ese hombre es un miserable. Ahora se me repre-

senta tal como es... ¡Cómo se ha servido de mí! ¡Cómo me ha deshonrado! ¡Cómo me ha destrozado el alma!... Y aún le amo...

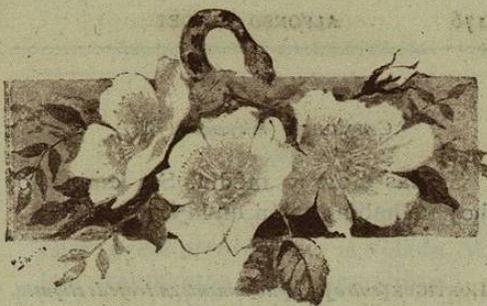
ANTONINO (*con gran emoción*).

Sí: cuando se ama sucede eso..., eso mismo. Por más cosas que se vean, que se sepan... por más que... el... el... en fin, ¿no es verdad? (*sollozando*) se sigue amando...

LIDIA (*muy conmovida*).

¡Adiós, amigo mío, cuento contigo!

(*Él hace un signo afirmativo y se va precipitadamente.*)



## ACTO CUARTO

### CUADRO PRIMERO

La habitación de Pablo Astier.—A la derecha el cuarto-tocador, abierto de par en par y visible para el espectador.—Es de noche: lámparas y candelabros encendidos.

### ESCENA PRIMERA

CHEMINEAU, STENNE; después LORTIGUE

(ESCENA MUDA)

(*Chemineau, de frac y corbata blanca, tendido en el diván, lee un periódico a la luz de un candelabro. Stenne, el ayuda de cámara, va y viene, sin hacer ruido, de la alcoba al cuarto-tocador, enciende el gas, se acerca a mirar la hora en el reloj que debe de haber encima de la chimenea. Saca en el brazo el frac negro y el chaleco de su amo, los cuales cuelga cuidadosamente en el respaldo de un sillón.*)

STENNE

Mucho tarda el amo, señorito Chemineau.